

na. Te ofrecemos por ellas la hostia inmaculada y nuestras humildes preces; tú recíbelas, oh Señor, por aquellas almas, y haz que pasen de la muerte á la vida. Brille para ellas la eterna luz de la gloria; porque tú eres piadoso, oh Señor nuestro y fuente inagotable de piedad y gracia.



SEGUNDA PARTE

LAS VIRTUDES CRISTIANAS



CAPÍTULO XVII

LA FE Y LA ESPERANZA

I

Son las virtudes cristianas las mensajeras bellísimas y amables de la misericordia de Dios Nuestro Señor, y descienden de los cielos, trayendo consigo, para el bien de los hombres, la luz y la vida, la gracia y el consuelo y todas las bendiciones del Eterno. Sin ellas, ¿qué fuera del mundo? Debemos, pues, bendecir á Dios Nuestro Señor por estos riquísimos dones de su gran bondad.

Es la virtud una buena cualidad ó hábito de la mente por el cual se sirve con rectitud y del que ninguno usa mal (1).—Hablando en general, divídense las virtudes en intelectuales, morales y teológicas, según que se refieren á la perfección del entendimiento en orden á lo verdadero, ó atienden á las reglas de las buenas cos-

(1) 1.^a 2.^{ac}, q. LV a. IV.

tumbres, ó tienen en cuenta la felicidad eterna de los hombres. Hablaremos solamente de las virtudes teologales y de las morales. Son las teologales la fe, la esperanza y la caridad.

Hablando de la fe, dice San Pablo que es la substancia de las cosas que se esperan, argumento de las que no parecen (1). Es una virtud teológica divinamente infundida, por la cual firmemente asentimos, por la autoridad de Dios, á cuanto Él nos ha revelado.

El creer es el acto del entendimiento, según que es movido por la voluntad á asentir. Se cree de corazón para justicia y se confiesa la fe con las palabras para salvarse, dice el Apóstol (2), como si se dijese: se cree moviendo la voluntad al entendimiento para tal acto. Cualquiera puede entrar á la iglesia y acercarse al altar, dice San Agustín (3), pero no puede creer sino creyendo. La moción de la voluntad que inclina á creer debe ser piadosa, debe provenir del auxilio de la gracia, pues de otra suerte no sería sobrenatural; y el principio de la salud no viene de nosotros, porque los pecadores, excitados y ayudados de la divina gracia, se mueven libremente hacia Dios á fin de creer en Él. Esta piadosa moción de que hablamos, que inclina el asenso del entendimiento á la fe, es cierta complacencia ó afecto hacia la suma ve-

(1) Heb. XI, 1.

(2) Rom. X, 10.

(3) Tract. 26 in Joann.—Puig, *Theolog.*

racidad de Dios; y en virtud de tal complacencia, la voluntad determina al entendimiento á asentir con entera firmeza á lo que la fe le enseña (1).

La fe es indispensable para la salvación, porque somos justificados por la fe en cuanto es ésta principio de la salvación del hombre, fundamento y raíz de toda justificación, y sin la fe es imposible agradar á Dios y participar de la suerte de sus hijos (2).

La justificación en sí misma, no sólo incluye el perdón de los pecados, sino también la santificación y renovación del hombre interior por la voluntaria admisión de la gracia y de los dones que la siguen; de donde resulta que el hombre de injusto pasa á ser justo, y de enemigo á ser amigo, para que sea heredero, según la esperanza, de la vida eterna. Son las causas de esta justificación las siguientes: la final es la gloria de Dios y de Jesucristo, y la vida eterna. La eficiente, es Dios misericordioso, que gratuitamente limpia y santifica. La meritoria, su muy amado Unigénito, Nuestro Señor Jesucristo. La instrumental, es el sacramento del bautismo. Finalmente, la única causa formal es la justicia de Dios, no aquella por la cual Él mismo es justo, sino aquella por la que nos hace justos.

De aquí es que en la misma justificación, jun-

(1) Puig, *hic.*

(2) Cone. Tríd., sess. VI, cap. VIII.

tamente con el perdón de los pecados, se infunden en el hombre por Jesucristo, con quien se une la fe, la esperanza y la caridad; pues si no se agrega la fe, la esperanza y la caridad, la fe ni une al hombre perfectamente con Cristo, ni le hace miembro vivo de su cuerpo (1).

La fe sin las obras no puede salvarnos, porque sin éstas es muerta, y no puede comunicarnos aquella vida de que habla el Apóstol: Yo vivo en la fe del Hijo de Dios (2). También sabemos que el justo vive de la fe (3). Podemos tener fe y carecer de su espíritu que nos vivifique. Sucederá esto si, creyendo todo lo que ella nos enseña, la fe no anima nuestras acciones; y obrando de esta suerte, la fe no llegará á justificarnos. ¿Cómo evitaremos semejante desgracia? Meditemos las verdades que la fe nos enseña, profundizando cuanto podamos en esa meditación, relacionándola con los eternos intereses de nuestra alma, animando asimismo cada una de nuestras acciones con el pensamiento de la fe. Si meditamos, por ejemplo, en el infierno, ocupémonos, no sólo en creer su existencia y la eternidad de los suplicios que padecen allí los condenados, sino además demos una ojeada á nuestra conciencia, haciéndonos estas preguntas: ¿Estamos en pecado mortal ó lo hemos cometido en otro tiempo? En

(1) Conc. Trid., sess. VI, cap. VII.

(2) Galat., II, 20.

(3) Rom. I, 17.

el primer caso, veamos el inmenso riesgo que corremos de perdernos para siempre, pues no tenemos un momento seguro de vida. En el segundo, no estamos enteramente ciertos de que Dios nos haya perdonado. ¿Por qué no temblamos á la vista de aquellas atrocísimas llamas que pueden envolvernos, de aquel lugar de tormentos eternos en que podemos caer y en que de hecho caeremos si no nos convertimos al Señor? El momento presente puede ser el último de nuestra vida y el primero de nuestra desgraciada eternidad... Hagamos cuanto esté de nuestra parte por que estas verdades penetren hasta el fondo de nuestra alma y la conmuevan con su terrible y saludable enseñanza, y al hacerlo así, veremos luego que en todas nuestras obras no se aleja de nosotros el temor de Dios. Sus terribles juicios siempre delante de nosotros nos harán humildes, circunspectos en todas nuestras obras; harán que con frecuencia levantemos nuestro espíritu á Dios Nuestro Señor pidiéndole su auxilio. No olvidaremos que su mirada nos sigue á todas partes, y que Él puede condenarnos para siempre al infierno en el mismo instante en que lleguemos á ofenderle con culpa mortal.

Vivamos en la fe del Hijo de Dios. Pensamos en Él, y conocemos que nadie nos ama ni ha podido amarnos como este dulcísimo Señor, que nos tiene enteramente obligados á servirle y amarle, y que en esto y solamente en esto está cifrada toda nuestra dicha. ¿Qué conseguire-

mos al alejarnos de Jesús sino el ser desventurados? Y ¿qué derecho tienen en nuestro corazón el mundo y las pasiones? ¿Cómo ser ingratos con Dios, que tanto nos ama y que murió por nosotros, y para qué servir al mundo, que nos dará terribles desengaños y llenará de amargura nuestras almas? La fe nos dice que todo el mundo está poseído del mal espíritu (1) y que el mundo pasa con todos sus encantos (2); pero el que hace la voluntad de Dios permanece eternamente, y que Jesucristo, el mismo que ayer es hoy y lo será para siempre.

Detengámonos en estos pensamientos y veamos cuánto nos importa seguir la enseñanza de la fe sin olvidarla jamás. De esta suerte, nuestras acciones estarán animadas con el verdadero espíritu de la fe; y ya sea que comamos, ó que bebamos, ó que hagamos cualquiera otra cosa, todo lo haremos á gloria de Dios Nuestro Señor (3) y dando gracias al divino Padre por medio de su Hijo Jesucristo Nuestro Señor.

Para obtener la vida de que hablamos, la inteligencia y la voluntad deben estar como informadas de las máximas de la fe; ésta debe alimentarlas, nutrirlas con su enseñanza divina; debe dirigir los pensamientos y servir de apoyo á nuestros juicios. Pongamos algunos ejemplos. Nada le aprovecha al hombre ganar todo

(1) Joann. V, 19.

(2) Id. I, 17.

(3) I Cor. X, 31.

el mundo si pierde su alma. Si estamos convencidos de esta verdad importantísima, reprobemos nuestra conducta cuando olvidamos á Dios por conseguir los bienes de este mundo, y veremos que nos es indispensable seguir un camino distinto si no queremos perdernos para siempre. He aquí otro ejemplo: Quien desconoce á Jesucristo delante de los hombres, no será reconocido por Su Majestad delante de su Padre, que está en los cielos. ¿Estamos convencidos de esto? Pues arrojemos lejos de nosotros el respeto humano; sea nuestra gloria pertenecer á Jesucristo, y confesémosle delante de Dios y de los hombres.

Respecto de la voluntad, ésta debe seguir las máximas de la fe, apreciando lo que dice que es digno de aprecio y despreciando lo que nos muestra como despreciable. Todo lo tengo por pérdida, decía el Apóstol, en cotejo del sublime conocimiento de Nuestro Señor Jesucristo, y por ganarle veo todas las cosas como basura (1).

¿Cuál sería nuestra vida si nunca olvidáramos en nuestras obras esta enseñanza divina? Todas ellas las emprenderíamos por agradar al Señor, que sin duda alguna las bendeciría; y la fe no sólo nos daría la vida á que nos referimos, sino además indecibles consuelos y delicias purísimas y santas; sentiríamos, por decirlo así, la presencia de Dios, nuestro Padre amo-

(1) Philip. III, 8.

rosísimo, que estaba contemplando con agrado todas nuestras obras, y que nos preparaba una gran recompensa en el reino celestial.

¡Oh buen Jesús, autor de la fe y consumidor de la salud! aumentad más y más nuestra fe, y haced que vivamos en ella todos los días de nuestra vida.

II

Es la esperanza cristiana una virtud teológica por la cual esperamos de Dios, con firme confianza, la eterna felicidad y los medios para conseguirla (1). Esperamos la felicidad eterna y los medios que á ella nos conducen, de la misericordia, de la omnipotencia del Señor y de los méritos de Nuestro Señor Jesucristo.

Los caracteres de la esperanza cristiana son el deseo y la confianza en el Señor; el deseo, porque nadie espera lo que no ama de ningún modo, aquello á que no aspira. Bienaventurados, dijo el Maestro divino, los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados (2). Por medio de la confianza esperamos alcanzar con seguridad los bienes que deseamos. Tal seguridad no es la de la fe, sino de la esperanza, que se apoya en la omnipotencia y en la misericordia del Señor; seguridad que no

(1) Charnes.
(2) Math. V, 6.

excluye el saludable temor que tanto se nos recomienda en los Sagrados Libros (1).—Por parte de Dios Nuestro Señor nunca es incierta la esperanza, porque escrito está: Ninguno esperó en el Señor y quedó confundido (2); y por esto de ella dice San Pablo que sirve á nuestras almas como de una áncora segura y firme (3), y el Concilio de Trento añade que todos debemos colocar nuestra firmísima esperanza en el auxilio de Dios (4).—La razón de tal seguridad es la auxiliadora omnipotente del Señor, su misericordia, los méritos de Nuestro Señor Jesucristo y la fidelidad con que Dios cumple sus promesas; porque Él es fiel en todas sus palabras, por las cuales ha prometido la salud eterna á los que perseveran hasta el fin en la observancia de sus mandamientos. Tal perseverancia por nuestra parte puede faltar y, por tanto, de parte nuestra no es segura la esperanza, y en tal virtud, la Escritura divina nos dice que el que está en pie tenga cuidado para no caer (5).

Los fundamentos de la esperanza cristiana son de un valor inestimable y pueden remediar todos nuestros males. ¿Son estos muy grandes y para ellos no hallamos remedio ninguno? Acordémonos de estas palabras del Divino

(1) Pulg, *Theolog.*
(2) Eccl. I, 11.
(3) Heb. VI, 17.
(4) Sess. VI, cap. 13.
(5) Cor. X, 12. Charnes.

Maestro: Para los hombres esto es imposible; hablaba el Señor de las grandes dificultades que los ricos tendrán que vencer para salvarse; mas luego añadió: Para Dios todas las cosas son posibles (1).

El Señor, que todo lo puede, es Padre de misericordias y Dios de todo consuelo; son innumerables sus misericordias, y son, además, sobre todas sus obras.—El Hijo de Dios vino al mundo para salvar á los pecadores; padeció y murió para satisfacer la justicia del Padre celestial; los méritos del divino Redentor son infinitos.—Por último, el Señor, que nunca se arrepiente de sus dones, que quiere que todos los hombres se salven, nos ha dado en Jesucristo todas las gracias que necesitamos para la vida eterna, y este Redentor amorosísimo ha dicho: No desecharé al que á mí viniere (2), y antes pasarán los cielos y la tierra que deje de cumplirse la palabra del Señor.—De esta manera la esperanza inunda nuestras almas en dulcísimos consuelos. Dios todo lo puede y son inagotables los tesoros de su misericordia, y los méritos del divino Redentor exceden todas nuestras culpas, y las grandes promesas de su amor y su bondad serán siempre firmes, siempre tendrán que cumplirse. Las adversidades y contradicciones, los mayores males de esta vida, aun los mismos pecados al hundirse en

(1) Math, XIX, 26.

(2) Joann., VI, 37.

esos océanos de bondad y gracia, de amor y de clemencia, serán para nosotros como nada, y entonces tendremos que exclamar rebotando de inmensa gratitud y de consuelo: bendice, oh alma mía, al Señor y bendigan todas mis entrañas su nombre santo. Bendice al Señor y guárdate de olvidar ninguno de sus beneficios. El es quien perdona todas tus maldades; quien sana todas tus dolencias; quien rescata de la muerte tu vida. Él quien te corona de misericordias y de gracias; quien sacia con sus bienes tus deseos para que se renueve tu juventud como la del águila... Es compasivo y benigno, tardo en airarse y de gran clemencia. No durará para siempre su enojo ni estará perpetuamente amenazando... cuanto dista el Oriente del Ocaso, así tan lejos ha echado de nosotros nuestras maldades. Como un padre se compadecede de sus hijos, así se ha compadecido el Señor de los que le temen (1).—Mi alma se ha apoyado en la promesa del Señor; en Él ha puesto su esperanza. Desde el amanecer hasta la noche espera Israel en el Señor, porque en Él está la misericordia, y en su mano tiene una redención abundantísima, y Él redimirá á Israel de todas sus iniquidades (2).

Por lo que acabamos de decir bien comprendemos que ninguno debe dar lugar á la desesperación: es un horrible pecado que contrista

(1) Is. CI, 1-11.

(2) Ps. CXXIX, 4-8.

dolorosamente, si podemos decirlo, la bondad infinita del Señor. Mas debemos asimismo evitar la presunción, que consiste en esperar temerariamente el conseguir la felicidad eterna y los medios indispensables para esto, ó bien únicamente por las fuerzas de la naturaleza, ó por la sola fe sin la penitencia de los pecados cometidos, ó, en fin, cuando el hombre se entrega al pecado ó retarda la penitencia presumiendo vanamente de la misericordia de Dios. No, no debemos abusar de la misericordia del Señor, y á fin de no caer en la presunción, traigamos á la memoria estas palabras de David: ¿Quién podrá conocer la grandeza de tu ira, ni comprender cuán terrible es tu indignación (1)? Y estas otras que hallamos en el Eclesiástico: No digas yo pequé y ¿qué mal me ha venido por eso? Porque el Altísimo, aunque paciente, da el pago merecido. Del pecado perdonado no quieras estar sin temor ni añadas pecados á pecados. No digas: la misericordia del Señor es grande, Él me perdonará mis muchos pecados; porque tan pronto como ejerce su misericordia ejerce su indignación, y con ésta tiene fijos sus ojos en el pecador. No tardes en convertirte al Señor ni lo difieras de un día para otro; porque de repente sobreviene su ira, y en el día de la venganza acabará contigo (2).

La esperanza es una virtud altísima que ele-

(1) Ps. LXXXIX, 11.

(2) Ps V, 4-9.

va consigo nuestras almas hasta el cielo y santifica nuestras aspiraciones y deseos; hácenos pensar en Dios y en los bienes celestiales, y nos desprende del afecto á las cosas del mundo, mostrándonos su vanidad y miseria. ¿Qué son todas ellas comparadas con los tesoros infinitos del Señor? Hemos sido creados para Dios, para gozar en su seno de inefables y eternas delicias. Pensemos dignamente de nosotros mismos; el amor del mundo nos envilece y degrada, y sus placeres corrompen nuestro corazón; sea Dios nuestra esperanza, y su eterna posesión el deseo vivísimo de nuestras almas, y el mundo, con todos sus encantos y delicias, sólo nos cause fastidio, y veámoslo siempre como un gran enemigo de nuestra eterna salud.—Descansemos á la sombra de la esperanza cristiana; no presumamos vanamente de la misericordia del Señor; jamás desesperemos. Si las malas pasiones nos quieren llevar en pos de sí, temamos la justicia del Señor; si la tristeza ó los males de esta vida nos oprimen, acordémosnos que Dios es nuestro Padre y que la esperanza en la bondad infinita no llegará á confundirnos, y al dormir el sueño de la muerte, digamos estas palabras de David: Yo, Dios mío, dormiré en paz y descansaré en tus brazos, confiando en tus promesas; por que tú, oh Señor, sólo tú, has asegurado mi esperanza (1).

(1) Ps. IV, 9, 10.